8400

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

PEDRO JIMENEZ

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

DE

GUILLERMO PERRÍN Y MIGUEL DE PALACIOS

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1896

PEDRO JIMENEZ

257026

PEDRO JIMÉNEZ

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

DE

GUILLERMO PERRÍN Y MIGUEL DE PALACIOS

Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO LARA, la noche del 16 de Abril de 1896.

MADRID
IMPRENTA DE EVARISTO ODRIÓZOLA
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1896

PERSONAJES		ACTORES
MERCEDES	Sra.	Rodríguez.
ENRIQUETA	»	Pino (R.)
DOÑA DOLORES	»	Valverde.
PEDRO	Sr.	Ruiz de Arana.
ANTONIO	»	Larra.
FELIPE	»	Santiago.
PEPE	»	Soto.

La acción en Madrid.—Epoca actual.

Derecha é izquierda del actor.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL APLAUDIDO AUTOR

Don Francisco Flores García.

Sus afectísimos amigos y compañeros

Los Autores.

ACTO PRIMERO

Sala baja de un hotel. Puerta al foro y laterales. Dos ventanas al foro que dan á un jardín. Sillas, sillones, dos mecedoras. Tiestos en las ventanas. Un velador con periódicos, timbre, etc. Es de día. Se pondrán algunos cuadros ó platos pintados. Todo lo que dé carácter á la decoración.

ESCENA PRIMERA

Aparece la escena sola. La puerta del foro estará cerrada. Al levantarse el telón, se oye un timbre eléctrico dentro. DOÑA DOLORES; después PEPE. Doña Dolores hablará con marcado acento andaluz.

DOLORES. (Saliendo por la primera puerta de la derecha.) ¡Pero, Jesús!... ¿No hay nadie en esta casa? ¿A qué hora se levanta la servidumbre? Estoy llamando, y nada. (Se dirige á un lado de la habitación y toca un timbre que suena dentro.)

PEPE. (Saliendo por la segunda puerta de la izquierda, poniéndose la americana.) ¿Quién llama á estas horas? (Viendo á doña Dolores.) ¡Ah! La señora...

DOLORES. ¡Gracias á Dios que ha venido alguien! ¿Son ustedes sordos?

PEPE. No señora... Estábamos durmiendo, y...

DOLORES. ¿Durmiendo á las ocho de la mañana?

PEPE. Como los señoritos se levantan tarde, nosotros...

DOLORES. Vaya un arreglo de casa. Ya le diré yo á mi hija lo que hace al caso.

PEPE. (Aparte.) (Cómo madruga la suegra de mi amo. Nos ha caído la lotería...) (Alto.) ¿Qué quería la señora?

DOLORES. Lo primero que te laves la cara, porque tienes los ojos como puños de tanto dormir. Lo segundo, que abras esa puerta, (Señalando la del foro.) que quiero bajar al jardín á que me dé el fresco... Me ahogo en las habitaciones... ¡Ay! ¡Mi Sevilla de mi alma!... ¡Ay, mi patio!... Oye, que me sirvan el chocolate en el cenador... ¡Pero prontito, eh!...

PEPE. En seguida.

DOLORES. ¡Ah!... Mira, díle á la cocinera, que los picatostes estén bien tostados. (Vase por el foro izquierda.)

ESCENA II

PEPE

Nos ha venido Dios á ver con esta señora. ¡Qué manera de madrugar! Se conoce que en Sevilla se acuestan con las gallinas, y se levantan con los gallos. ¿Pensará estar mucho tiempo en casa?... ¡Y vaya un genio que tiene! ¡Qué ejecutiva es!... ¡Qué diferencia de la señorita Mercedes y del señorito Pedro!... Estos sí que son dos amos... Cariñosos, amables, considerados, y sobre todo, que se levantan á las doce... En fin... Vamos á que la hagan el chocolate á esa señora... ¡Bonita cara va á poner la cocinera cuando la diga que se levante. (Se dirige á la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA III

DICHO; ANTONIO, por el foro derecha.

ANTONIO. ¡Pepe! ¡Pepe!

PEPE. ¡Don Antonio! ¿Usted por aquí á estas horas?

ANTONIO. Sí, muchacho. Oye... Responde. ¿Ha venido alguien á preguntar por el señorito Pedro?

PEPE. ¿Cuándo?

ANTONIO. Hoy. Hace poco.

PEPE. No, señor. A las ocho de la mañana no son horas de...

ANTONIO. Es verdad. He llegado á tiempo. Menos mal.

PEPE. Las que llegaron anoche de Sevilla, fueron doña Dolores y su hija, la señorita Enriqueta.

ANTONIO. ¿Cómo? ¿La suegra de Pedro y la hermana de Mercedes están aquí? ¿Llegaron anoche?

PEPE. Sí, señor.

ANTONIO. ¡Qué complicación! ¡Si se enteran!... ¡Dios mío, qué compromiso!

PEPE. ¿Qué le sucede?

ANTONIO. ¡Pepe! ¡Pepe! Díle á tu amo que estoy aquí. Que necesito verle.

PEPE. Si está en la cama.

ANTONIO. Corre, entra, llámale.

PEPE. Pero...

ANTONIO. Entraré yo mismo.

PEPE. (Deteniéndole.) Si no se ha levantado la señora tampoco.

ANTONIO. Entonces no entro. En fin... Bueno. Volveré. No le digas á nadie que he venido.

PEPE. Está bien.

ANTONIO. ¿Qué voy á hacer?... ¡Doña Dolores aquí! ¡Enriqueta aquí!... Pedro solamente puede salvarme. Adiós. (Vase por el foro de la derecha.)

PEPE. ¡Vaya usté con Dios! ¿Pero qué le pasará á don Antonio?... Pero qué cabeza... Voy á que preparen el chocolate. (Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA IV

MERCEDES; á poco ENRIQUETA

MERC. (Saliendo por la primera puerta de la izquierda.) ¿Se habrá levantado ya Enriqueta? Voy á ver. Luego dirá mamá

que no madrugo. (Se dirige á la segunda puerta de la derecha y llama.) ¡Enriqueta!

ENRIQ. (Dentro.) Ya voy Mercedes... Ya voy.

MERC. Mamá de seguro que ya está en el jardín. Su costumbre de Sevilla. (Asomándose á una ventana.) Con efecto, allí está.

ENRIQ. (Saliendo por la segunda puerta de la derecha.) ¡Buenos días, Mercedes! (Se besan.)

MERC. Buenos días. ¿Has descansado?

ENRIQ. Perfectamente.

MERC. Pues ven; vamos á ver á mamá, que está en el cenador.

ENRIQ. No: espera. Tengo que hablarte.

MERC. ¡Secretitos!...

ENRIQ. Sí; pero... Silencio.

MERC. Hija, qué misteriosa estás.

ENRIQ. Anoche, cuando llegamos no pude hablarte, y...

MERC. Habla, habla.

ENRIQ. Pues escucha. (Se sientan.) ¿Eres feliz con tu marido?

MERC. Hija... ¡qué pregunta! ¿Puedes dudarlo? No hay otro marido como mi Pedro.

ENRIQ. ¿De manera que es un modelo?

MERC. Un modelo en su clase. Bueno, afable, cariñoso. No me abandona un momento. Me acompaña á todas partes. A paseo, al teatro, á casa de la modista, á las tiendas de modas.

ENRIQ. ¡Ah! ¿Entiende también de modas y de telas?

MERC. Ya lo creo. Tiene un gusto exquisito.

ENRIQ. Pues no se parece entonces á mamá, que me compra unos trajes y unos sombreros que llaman la atención en Sevilla.

MERC. Entonces, ¿de qué te quejas?

ENRIQ. De que la llamo por cursi.

MERC. ¡Qué niña eres! ¿Y era este todo tu secreto?

ENRIQ. No; verás. Me has dicho que tu marido es muy bueno. Pues bien, yo tengo otro marido como el tuyo.

MERC. ¿Tú?

ENRIQ. No... Es decir, no le tengo todavía, pero aspiro á tenerlo.

MERC. ¡Ah! Vamos, eso es otra cosa.

ENRIQ. No tomes á broma lo que te digo.

MERC. Continúa. Ya me pongo seria. ¿Quién es ese aspirante?

ENRIQ. Un joven muy guapo.

MERC. Vamos...

ENRIQ. Y muy rico.

MERC. ¡Hola!

ENRIQ. Y que me quiere.

MERC. Anda...

ENRIQ. Y que está dispuesto á casarse en seguida. Ya ves que esto no se encuentra todos los días.

MERC. Ca... ni muchísimo menos.

ENRIQ. Pero...

MERC. ¿Ya salió el inconveniente?

ENRIQ. Sí... mamá.

MERC. ¡Ah! Es verdad. Recuerdo que me lo escribió hace tiempo. Quiere casarte con don Antonio, su amigo de la niñez, persona seria. Es un buen partido, mira... Tiene fortuna, es abogado, hombre formal... Piénsalo, Enriqueta... Piénsalo.

ENRIQ. Sí... sí... Ya lo tengo pensado. Quiero casarme con Felipe Gutiérrez.

MERC. ¿Qué?... ¿Pero Felipe es el que...? ¿Nuestro vecino?... ¿El del hotel de al lado?

ENRIQ. El mismo. Estuvo en Sevilla el año pasado durante la feria. Allí nos conocimos, y...

MERC. Y vamos, que te fué bien en la feria. Pues hija, es muy amigo de Pedro, y viene con frecuencia, y es extraño que no nos haya dicho...

ENRIQ. Es muy corto.

MERC. Malo. Los hombres encogidos, no sirven para nada, Enriqueta.

ENRIQ. Algo había de tener. Pero, en fin, tú que eres tan buena, ¿quieres ayudarme, haciendo que mamá...?

MERC. ¡Ay, hija mía! Ya conoces tú á mamá. Acuérdate de lo que yo sufrí antes de casarme con Pedro.

ENRIQ. Sí; es verdad.

MERC. Sin embargo, intercederé por tí; pero como don Antonio le ha entrado por el ojo derecho, y la verdad es que se lo merece, no confío...

ENRIQ. Tú haces de mamá lo que quieres.

MERC. ¡Ojalá! Y además, es preciso que reflexiones, Enriqueta. Entre don Antonio y ese muchacho, existe una notable diferencia.

ENRIQ. Ya lo creo. En años, sobre todo. Como que ese futuro que me destinan, es un futuro... imperfecto... Porque... ¿No te has fijado? Le faltan dientes y le va faltando el pelo, y el que le queda, se lo tiñe.

MERC. ¡Chica, chica!

ENRIQ. Y además... Vamos... ¿Tú crees que la primavera y el invierno pueden hacer buenas migas? Pues no señor. Los primeros días, ya me los sé yo de memoria. Mucho paseo, mucho mimo, mucho salir, mucho entrar; pero luego... ¡Bonita vida! Un hombre que me lleva lo menos veinte años, y abogado. ¡Figúrate tú! Yo no sé como hay muchacha que se case con un abogado. Ir á hacerle un mimo, una caricia, y que no te la devuelva porque está pensando en las Partidas, ó en las leyes de Toro, ó en el Derecho canónico, ó en algún criminal; ¡figúrate tú!

MERC. ¡Pero qué loca eres!

ENRIQ. En cambio, si me caso con Felipe... ¡Qué diferencia!... Un muchacho á la última moda. Elegante, distinguido, joven como yo... Que tiene toda la dentadura... Que no hace nada... Es decir, que no tiene ocupación ninguna, porque no la necesita gracias á Dios... Que estará siempre á mi lado... Mirándose en mí... Que me llevará á los bailes... á las reuniones. Y sobre todo, que cuando le haga una caricia ó un mimo, no estará pensando en ninguna clase de derecho, si no en el dulcísimo deber que tiene de quererme mucho.

MERC. ¡Enriqueta!... ¡Hija mía! ¡No sabía yo que tenías esas condiciones oratorias!... ¡Vaya un discurso!

ESCENA V

DICHAS; FELIPE, por el foro derecha.

FELIPE. (Oculta en el sombrero un tiesto pequeño con un tulipán que descubrirá á su tiempo. ¿Se puede?

ENRIQ. ¡El!

FELIPE. ¡Ella!

MERC. El otro... Adelante, adelante.

FELIPE. No sé si debo... porque la verdad es que la hora no es muy...

MERC. Usted viene á su casa.

FELIPE. Muchas gracias. Vengo... ya comprendo que... Pero me he determinado contando con la... (A Enriqueta.) ¿Ha llegado usted bien? ¿Y la mamá? Este era el objeto de mi visita. Supe... anoche me lo dijeron... que habían ustedes llagado, y dije... ¿iré? No... La hora... Eran las once.

MERC. Sí, sí. Tome usted asiento.

ENRIQ. Sientese usted.

FELIPE. Gracias... muchas gracias... estoy bien... Pero... bueno... me sentaré. (Se sientan.)

ENRIQ. (A Mercedes.) ¿Lo ves? Está cortado el pobrecillo.

MERC. Ya lo veo. (Pausa.)

FELIPE. (Presentando el tiesto.) Pues... no vale nada... Pero... aquí traigo esto. He recordado que doña Dolores, su mamá de usted, (Por Enriqueta.) y de usted, (Dirigiéndose á Mercedes.) me dijo cuando yo estuve en Sevilla hace cinco meses... digo seis... no siete... ocho... ocho va á hacer ahora el día veinte. Pues me dijo... me enamoran los tulipanes. El tulipán es mi flor favorita, y he dicho... pues me tomo la libertad de... no vale nada... pero...

MERC. (Aparte.) (Qué buena memoria tiene.) (Alto.) Lo agradecerá mucho.

ENRIQ. Es muy bonito. Qué encarnado.

FELIPE. (Aparte.) Ya me lo ha conocido. Debo tener toda la sangre en la cabeza.

MERC. No está mal, no está mal el pretexto. (Sonriéndose.) Usted adora el santo por la peana.

FELIPE. Yo señora... usted supone que yo... Perdone usted, pero...

MERC. Vaya, hablemos claros y sin puntos suspensivos. Felipe, ya sé que quiere usted á mi hermana. Yo le aprecio á usted mucho; mi marido también... ¿Por qué no ha sido usted más franco con nosotros?

ENRIQ. Dice bien Mercedes.

MERC. Vamos, yo prometo á ustedes mi ayuda. Yo convenceré á mamá. Es usted un buen chico.

FELIPE. ¡Ay, señora! No se cómo... como pagarle... Disponga usted... ¿le gustan á usted los tulipanes encarnados?

MERC. No, hombre, no. Eso á mamá.

FELIPE. Pues yo... si usted nos ayuda, estoy resuelto ahora mismo á pedir la mano de Enriqueta.

ENRIQ. (A Mercedes.) ¿Ves como me quiere? Está resuelto.

MERC. Por Dios, Felipe, despacio, hombre, despacio. Hay que dar tiempo al tiempo. Que prisa tienen ustedes.

ENRIQ. Hija, como tú ya estás casada.

FELIPE. Es claro, no tiene prisa, pero uno... uno... el que espera... si espera ser feliz... desespera... y...

ERRIQ. Claro... y nosotros ya nos vamos desesperando, aunque nos esté mal el decirlo.

FELIPE. No, si no te está mal... No te está mal.

MERC. ¡Son ustedes dos chiquillos!... ¡Ay! ¡Ya me lo dirán ustedes á los dos años de casados!...

ENRIQ. ¡Sí, pues tu puedes quejarte!

MERC. ¡Quejarme! No... ni muchísimo menos.

FELIPE. ¡Tiene razón! No contradigas á tu hermana... A los dos años ya...

ENRIQ. ¿Qué dices?

FELIPE. No, nada... (Aparte.) (¡Caracoles!)

MERC. ¡Vaya, vaya!... Todo se arreglará. Déjenme ustedes á mí...

ESCENA VI

DICHOS; DOÑA DOLORES, por el foro izquierda.

DOLORES. ¡Ay, Jesús! ¡Qué chocolate! Me va á hacer daño... Como si lo viera. ¿Con qué harán el chocolate en Madrid?

MERC. Mamá.

FELIPE. (Aparte.) (¡Doña Dolores!)

ENRIQ. Mamita, buenos días.

FELIPE. (Saludando.) ¡Señora!...

DOLORES. ¡Caballero!... (Aparte.) (¿Quién será éste?)

FELIPE. No me recuerda...

ENRIQ. ¿No te acuerdas de éste joven?

MERC. Don Felipe Gutiérrez.

DOLORES. ¡Ah! Sí; ya le recuerdo. ¿Cómo está usted? ¿Y la señora? ¿Y los niños?

ENRQ. }
MERC. } Pero mamá...

FELIPE. Señora... usted me confunde. ¿Yo niños? No... Nunca... No... Todavía...

ENRIQ. Si este joven, es aquel de Sevilla, amigo de las de Ramírez...

DOLORES. ¡Ah! Sí.

FELIPE. Ya me recuerda... Soy aquél, á quien usted le dijo aquella tarde... Me enamoran los tulipanes... El tulipán es mi flor favorita, y yo... (Presentando el tiesto.) me he tomado la libertad... No vale nada... pero...

DOLORES. (Cogiendo el tiesto.) Muchas gracias, muchas gracias. Es muy bonito... Ya recuerdo... (Aparte.) (Pues no sé quién es este sujeto.) (Alto.) Pues, sí; á mí las flores me encantan. Son mi única afición.

ENRIQ. Sí, se muere por ellas.

MERC. Es verdad.

FELIPE. Pues tiene usted muy buen gusto. Las flores son las... son el emblema de... A mí me... Vamos, me entusiasman. Hay cada...

DOLORES. (Remedándole.) Sí... ya... Hay cada... Ya lo creo... Pues digo... Las sí... (Aparte.) (Este hombre es tonto.)

ENRIQ. El tulipán es precioso, ¿verdad?

DOLORES. Preciosísimo.

FELIPE. Celebro que...

DOLORES. Pero en Sevilla tengo yo unos ejemplares rarísimos. ¿Usted no ha visto mi casa de Sevilla? Aquello es un encanto. Tengo un patio que es un jardín, con una fuente en medio, con un chorro que sube á más de dos varas de altura. Y tengo en ella unos peces de colores que da gloria verlos.

FELIPE. Sí... los peces son muy monos... (Aparte.) (Le gustan los peces.) (Alto.) Siempre nadando, siempre nadando.

DOLORES. Naturalmente, hombre, naturalmente.

FELIPE. (Aparte.) (¡Plancha!) (Pausa. Todos los personajes se miran.) Y... Sevilla seguirá lo mismo.

DOLORES. Sí, señor. Buena, gracias.

FELIPE. ¡Aquellos patios! ¡Aquellas cancelas! ¡Aquella Giralda! ¡Aquel Guadalquivir!

DOLORES. ¡Ah! El Guadalquivir... Sí... sí... El río sigue tan corriente.

FELIPE. (Riéndose.) Pero ¿qué bromista es ustud? Cómo se conoce que es usted sevillana.

DOLORES. Sí... sí... (Aparte.) (Y usted de Coria.)

MERC. Sevilla es preciosa.

ENRIQ. Preciosísima.

FELIPE. Aquel cielo, aquel sol, aquel...

DOLORES. (A Mercedes.) ¡Hija mía! Este muchacho es lila, pero tiene mucho aquél.

ENRIQ. ¿Se acuerda usted de la Alameda de Hércules?

FELIPE. Mucho, muchísimo.

MERC. ¿Y de las Delicias?

FELIPE. ¡Deliciosas! ¿Y aquella Fábrica de Tabacos?... ¡Qué cigarre...!

ENRIQ. ¿Cómo?

DOLORES. ¿Eh?

FELIPE. ¡Qué cigarros! (Aparte.) (¡Plancha!)

DOLORES. ¡Ya! ¡Ya!...

FELIPE. Pues yo, con permiso de ustedes... me... Vamos... no quiero molestar y... (Saludando.)

ENRIQ. ¿Tan pronto?

MERC. Usted no molesta...

FELIPE. Muchas gracias... Pero... ya volveré á saludar á ustedes... ¡Señoras!...

DOLORES. ¡Caballero!...

FELIPE. A los pies de ustedes.

DOLORES. Beso á usted la mano. (Vase Felipe por el foro derecha. Aparte.) ¿Quién es este mono?

ESCENA VII

DICHOS menos FELIPE

ENRIQ. Mamá...

MERC. ¡Por Dios! ¡Que es un amigo nuestro!

DOLORES. Toma, toma, Enriqueta... lleva esto á la estufa del jardín. (Le entrega el tiesto.)

ENRIQ. Voy, mamá. (Aparte á Mercedes.) Aprovecha la ocasión, ¿eh?

MERC. (¡Descuida!) (Vase Enriqueta por el foro izquierda.)

ESCENA VIII

DOÑA DOLORES y MERCEDES

MERC. Pues es muy fino ese muchacho.

DOLORES. No lo niego.

MERC. Y es muy rico.

DOLORES. Mejor para él. ¿Y á qué se dedica? ¿Qué ha hecho ese hombre para ser rico?

MERC. Nada. Ha heredado.

DOLORES. ¡Qué suerte! Ya me lo figuraba yo. Ese hombre no debe servir para nada. Como otros que yo conozco.

MERC. ¡Mamá!

DOLORES. Sí, señor. Hay muchos de esos que comen la sopa boba sin haber hecho nada en su vida. Unos heredan como ese, y otros... ¡se casan con una mujer rica, y á vivir! ¡Conmigo habían de dar! Tu padre, que en paz descanse, se casó conmigo por eso; pero yo, ca, en cuanto pasó la luna de miel, que fué breve, porque á mí me empalaga el dulce, le dije: hijo mío, á trabajar, y le busqué ocupación. Desde las siete de la mañana hasta las once, en casa de un notario. De once á cinco, en una oficina del Gobierno, y por la noche, le hacía copiar pliegos para la curia. Así, así... El hombre ha nacido para trabajar.

MERC. ¡Pobre papá!

DOLORES. Para llenar sus deberes. Así se murió el pobre tan contento.

MERC. ¡Claro! El que se muere, descansa.

DOLORES. Y tu marido, descansa todavía? Está durmiendo el infeliz?

MERC. Sí; se levanta muy tarde.

DOLORES. ¿Pues á qué hora va á la oficina?

MERC. ¿A la oficina?

DOLORES. A sus ocupaciones... á sus negocios...

MERC. No... Si Pedro no...

DOLORES. ¡Ah! ¿No se dedica á nada? Por eso no me decías nada en las cartas.

MERC. No, ¿para qué? Pedro no lo necesita. Vivimos muy bien. Me acompaña á todas partes. Siempre vamos juntos... Me quiere mucho.

DOLORES. Ese es un deber, pero no es una ocupación.

MERC. ¡Somos muy dichosos!

DOLORES. ¿Dichosos sin hacer nada? Imposible.

MERC. Pero...

DOLORES. Él me prometió, cuando os casásteis, no vivir á tu costa. Buscar un destino... Hacer algo. La ociosidad es la madre de todos los vicios. Quién sabe si te engaña... Quién sabe si con esa *monita* que tiene, andará por ahí de picos pardos... No te fíes.

MERC. Pero, mamá.

ESCENA IX

DICHAS; PEDRO, por la primera puerta de la izquierda.

PEDRO. Buenos días, querida mamá. ¿Se ha descansado?

DOLORES. (Secamente.) Sí, señor; muchas gracias.

PEDRO. (Aparte.) ¡Qué tono! (A Mercedes.) Oye... ¿qué le pasa á tu madre?

MERC. Nada.

PEDRO. Bueno. (Pausa: se sienta en una mecedora, enciende un cigarro y canta.)

Dichoso aquel que tiene
su casa á flote. (Transición.)

Merceditas... ¿Y qué vamos á hacer hoy?

MERC. Lo que tú quieras.

PEDRO. Pues mira, el gran programa. Almorzaremos en el jardín. Después saldremos en coche. Haremos unas cuantas visitas, y luego al Retiro. Después comeremos y... ¿Nos toca hoy el Real?... ¡No! Pues iremos á Lara. ¿Qué te parece?

MERC. Muy bien.

DOLORES. Muy mal.

PEDRO. ¿Qué dice usted, mamá?

DOLORES. Lo dicho. Déjanos Mercedes, tengo que hablar á tu señor esposo.

MERC. Pero...

DOLORES. Anda...

MERC. (A Pedro.) (No le hagas caso.) Adiós.

PEDRO. Adiós, mujercita mía... con permiso de usted, mamá. (La abraza.)

DOLORES. Usted lo tiene. (Aparte.) Jesús, qué empalagoso. (Vase Mercedes por el foro izquierda.)

ESCENA X

DOÑA DOLORES y PEDRO

PEDRO. (Se sienta en la mecedora. Aparte.) (Vamos á oir el sermón de Pasión.) (Pausa.)

DOLORES. ¿Y eso es todo lo que tiene usted que hacer hoy?

PEDRO. Todo. Yo lo tengo todo hecho.

DOLORES. ¿Sabe usted lo que le digo?

PEDRO. Usted dirá.

DOLORES. Que yo he visto hombres desahogados; pero como usted, ninguno.

PEDRO. Que tengo una posición desahogada, querrá usted decir.

DOLORES. No, señor. Que no tiene usted, ni pizca de aprensión, hijo mío. Yo soy muy clara.

PEDRO. Bueno.

DOLORES. Hace un año que le dí á usted la mano de mi hija.

PEDRO. Un año y dos días.

DOLORES. Usted no tenía nada. Ella era rica. Usted me prometió solemnemente dedicarse á algo.

PEDRO. Y me dedico á quererla...

DOLORES. ¡No faltaba más! Aún recuerdo sus palabras de usted: «Doña Dolores, el hombre no debe nunca vivir á costa de su mujer.» ¿No es eso?

PEDRO. Sí, señora.

DOLORES. Mi hija se enamoró de usted. No sé por qué. Porque la verdad es que usted no tiene nada de particular. Una figurilla como otra cualquiera, un bigotillo... en fin, nada...

PEDRO. Muchas gracias, señora; es favor.

DOLORES. Justicia, justicia seca. Y en efecto. Usted no ha cumplido su palabra. Usted come, bebe, fuma, pasea, duerme, y se acabó.

PEDRO. Está usted equivocada. No se acabó. Corto el cupón y lo cobro todos los trimestres.

DOLORES. Es verdad. Y además, es usted un sinvergüenza.

PEDRO. ¡Mamá! ¡Mamá!...

DOLORES. Sí, señor. Y esto no puede seguir así. Busque usted un destino.

PEDRO. ¿De temporero?

DOLORES. No, señor. Para toda la vida. Trabaje usted. La ociosidad es la madre de todos los vicios. ¿Qué dirá la gente viendo que no hace usted nada? ¡Que no sirve para nada! Vamos... ¿Qué ha hecho usted en un año que lleva de matrimonio? Hable usted. Diga usted, ¿qué fortuna va usted á legar á sus hijos?

PEDRO. Si no los tengo, señora.

DOLORES. Ni eso. ¡Holgazán!

PEDRO. Pido la palabra.

DOLORES. Hable usted.

PEDRO. Cuando yo me casé con Mercedes, lo hice enamorado, porque era un ángel; después resultó que el ángel tenía dinero.

DOLORES. Ya se enteraría usted antes.

PEDRO. Miel sobre hojuelas, me dije yo. ¿Iba por eso á renunciar á la boda? Ella me quiere... yo la quiero... somos felices y *tutti contenti*.

DOLORES. A mí no me hable usted en latín.

PEDRO. Perdería el tiempo. Usted no lo entiende.

DOLORES. Lo que yo entiendo, es que fuí una tonta al darle á usted la mano de mi hija, y yo le juro...

ESCENA XI

DICHOS; MERCEDES y ENRIQUETA, por el foro izquierda.

ENRIQ. ¿Qué tienes mamá?

DOLORES. ¡Ah! Enriqueta... Tú, tú, no te casarás sino con un hombre que trabaje... Que sea algo en el mundo.

ENRIQ. (Aparte.) (Y Felipe que no es nada...)

MERC. (A Pedro.) ¿Qué te ha dicho?

PEDRO. Nada. Una porción de tonterías. Nada de particular... (Alto.) Pero tu madre tiene muchísima razón.

DOLORES. Ya se ve que la tengo.

PEDRO. Y voy á complacerla. Voy á vestirme. Me pondré un trajecito modesto, y á la calle. A pretender, á solicitar, á pedir un destino... No hay más remedio... Tengo amigos... Creo que me atenderán.

MERC. Pero Pedro.

PEDRO. Nada, nada. Estoy decidido. ¡Ah! Doña Dolores. Tengo una idea. A ver, qué le parece á usted. Voy á pedir un destino en el Ayuntamiento, ¿eh? En puertas. ¿Qué tal? El sueldo es lo de menos... No metiendo el pincho, siempre hay... claro... (Haciendo señal de dinero.)

DOLORES. ¿Se está usted burlando?

PEDRO. ¿Yo? Dios me libre. De ninguna manera. Necesito trabajar... cumplir con mi deber... Hacer algo. Iré al fielato en coche, ya que lo tengo. Mercedes; ya sabes, hija mía, vida nueva. Busca quien te acompañe, yo ya no puedo salir contigo, ni almorzar... Manda comprar una tarterita para que yo me lleve el almuerzo. Tampoco podré venir á comer... ni á dormir. Muchas noches me tocará de guardia... Nada, se acabó. Vida nueva. Doña Dolores, tiene usted muchísima razón. La ociosidad es la suegra, digo, la madre de todos los vicios. (Vase por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA XII

DICHOS menos PEDRO

DOLORES. Soy una señora, pero tengo uñas... Vaya... Yo le araño á ese hombre.

MERC. ¡Mamá!

ENRIQ. ¡Por Dios!

DOLORES. Case usted á sus hijas, déles usted dote, para que luego se lo coma un zángano... Si me valiera...

MERC. Cálmate, mamá.

ENRIQ. Vamos.

ESCENA XIII

DICHAS; ANTONIO, por el foro derecha.

ANTONIO. Ya debe haberse levantado ese... (Dirigiéndose á la primera puerta de la izquierda.)

MERC. ¿Quién? ¡Ah! ¡Don Antonio!

ANTONIO. (Viendo á Mercedes.) ¡Señora!

DOLORES. ¡Antoñito!

ANTONIO. ¡Doña Dolores! (Saludando.) ¡Enriqueta!

ENRIQ. ¡Hola!

ANTONIO. ¿Ustedes en Madrid? ¡Qué sorpresa! ¡No sabía nada! (Aparte.) (Me haré de nuevas.)

DOLORES. Éste... éste sí que es un hombre... Trabajador... aplicado... Como su padre... que de Dios goce.

ANTONIO. Muchas gracias, muchas gracias... No merezco... Y Enriqueta, tan encantadora como siempre. Ya hacía dos meses que no te veía. Estás mucho más guapa... Pero mucho más guapa.

ENRIQ. Gracias.

DOLORES. Ya lo creo. Te vas á llevar un pimpollo.

ANTONIO. Es verdad. Tiene usted mucha razón. Voy á tener una esposa modelo.

DOLORES. Y criada, y educada por mí... Figúrate tú... Hecha á mi imagen y semejanza... (Hablan bajo.)

ENRIQ. ¿Lo ves? Ya están hablando de mi boda. (A Mercedes.) ¿Tú no le has dicho nada de Felipe?

MERC. Imposible. Bonita está mamá.

ENRIQ. Pues me voy á divertir.

DOLORES. Mira; no es que yo tenga prisa. Enriqueta está bien á mi lado. Ojalá no se casára nunca. Pero las jóvenes se pasan, hijo; se pasan, y tú, la verdad, Antoñito, no estás ya para esperar mucho... Digo, si ya tienes... alguna canilla que otra...

ANTONIO. ¿Yo? (Aparte.) (¡Caramba! ¡Alguna que se me ha olvidado!)

DOLORES. Conque hijo tú dirás. No es puñalada de pícaro, pero

es preciso que vayamos hablando de los preliminares... ¿Verdad, Enriqueta?...

ENRIQ. Sí, señora.

ANTONIO. Por supuesto... Si yo sólo pienso en casarme con Enriqueta. En hacerla feliz; en serlo yo... De esto, ya nada tenemos que hablar... Por mí, cuando ella quiera.

ENRIQ. (Aparte.) Yo, nunca.

DOLORES. Entonces, déjame á mí. Ya me conoces. Ya hablaremos de todo, Antonio. Es necesario.

ANTONIO. (Aparte.) Lo que es necesario, es que yo vea en seguida á Pedro.

DOLORES. En estas cosas, hay que proceder con formalidad. Tú eres rico, mi hija también lleva una dote no despreciable. Tú seguirás trabajando, aumentaréis vuestra fortuna, y yo, unas veces en tu casa y otra en la de éstos, (Señalando á Mercedes.) seré el ángel de paz que vele por todos vosotros.

ANTONIO. Quién lo duda. Pero con el permiso de ustedes, voy á ver á Pedro. (Se dirige hacia la primera puerta de la izquierda.)

DOLORES. (A Enriqueta.) ¡Hija de mi alma! Separarme de tí. Otro golpe para este corazón.

ESCENA XIV

DICHOS; PEDRO, por la segunda puerta de la izquierda.

ANTONIO. (Viendo á Pedro.) Hombre; iba á saludarte y á decirte...

PEDRO. (Con sombrero, gabán, etc.) No puedo detenerme, chico.

ANTONIO. Tengo que hablarte.

PEDRO. Luego. Ahora, imposible. Voy á buscar un destino. Hasta luego.

ANTONIO. Pero...

PEDRO. Hasta luego. (Se dirige al foro.)

ESCENA XV

DICHOS; PEPE, por el foro derecha.

PEPE. (Con un papel en la mano.) Señorito, han traído esta cuenta para usted.

PEDRO. (Se detiene, coge el papel y baja al proscenio.) ¿Para mí?

ANTONIO. (¡Dios mío de mi alma!)

MERC. ¿Qué cuenta es esa? ¿A ver?

PEDRO. Toma. (Entregándosela á Mercedes. Leyendo.) «Friginal. Muebles de lujo.» «Doña Carolina López, debe...» Esta cuenta no es para casa, es una equivocación.

PEDRO. Devuélvela, Pepe.

PEPE. Está bien, señorito. (Vase por el foro derecha.)

PEDRO. Hasta luego.

ANTONIO. Espera, Pedro. Te acompaño. (Así podré decirle... Hemos estado al borde del abismo.) Hasta después... (Saludando.)

PEDRO. Anda, hombre... que me corre mucha prisa el destino.

MERC. Pero Pedro...

PEDRO. Nada... La ociosidad... Ya sabes lo que dice tu madre.

ESCENA XVI

DICHOS y PEPE

PEPE. Dice el muchacho que ha traído la cuenta, que al respaldo viene...

ANTONIO. (Otra vez. Ahora va de veras.)

DOLORES. A ver, á ver. Algún lío. (Coge la cuenta y lee.) «Don Pedro Jiménez, Barrio de Pozas. Hotel, cuarenta y ocho. Querido Pedro. Paga eso. Carolina.»

PEDRO. ¿Cómo?

ANTONIO. (¡Ábrete tierra!)

MERC. ¿Qué es esto?

DOLORES. (Leyendo.) «Media sillería de brocatel. Una cama de matrimonio. Una *chaiselongue*.» Toma, toma Mercedes; paga eso de tu marido.

ANTONIO. (¡Debo estar verde!)
DOLORES. Pepe: diga usted que ya se pasará por allí el señorito.
PEPE. Está bien. (Vase.)

ESCENA XVII

DICHOS menos PEPE

MERC. (A Pedro.) Pedro, ¿qué es esto?
PEDRO. Hija, no salgo de mi asombro. No sé.
DOLORES. ¿No sabe usted nada, eh? Pues yo sí. Esto ya lo esperaba yo. Si no hay otro remedio. ¡Pobre hija mía! Esto es... que cuando el diablo no tiene nada que hacer, se entretiene en ponerle cuarto á mujeres de poco más ó menos, como será esa Carolina. ¡Es usted un infame!
ANTONIO. (Lo que yo me temía.)
PEDRO. Señora, usted supone...
ENRIQ. Mamá.
MERC. ¡Dios mío! ¿Será posible?
DOLORES. Y tan posible. No lo dudes.
MERC. ¡Engañarme!...
PEDRO. Mercedes, ¿puedes creer...?
MERC. ¡Ingrato!
DOLORES. Engañar á este ángel...
ENRIQ. ¡Pobre hermana mía!
PEDRO. ¿Pero ves esto, Antonio?
ANTONIO. Sí, hombre, sí; pero ten calma. Todo se arreglará. Mercedes, Dolores, esto debe ser un error.
DOLORES. ¿Un error? ¡No, señor! ¡Un horror!
ANTONIO. Aquí hay una equivocación... Esto no puede ser. Vamos, calma... calma... (¡Si supieran!)
PEDRO. Yo no necesito sincerarme, pero...
DOLORES. ¡Monstruo!
MERC. ¡Falso!
ENRIQ. ¡Parece mentira!
PEDRO. ¡Que yo aguante esto!
ANTONIO. ¡Pedro... serenidad!

MERC. (Llorando.) ¡Ay Dios mío de mi alma!

DOLORES. ¡Buen pez nos ha salido!

ESCENA XVIII

DICHOS; FELIPE, por el foro derecha, con una pecera de cristal de esas de bola, con peces de colores y suspendida por una cadena.

FELIPE. ¿Se puede?

ENRIQ. ¡Felipe!

ANTONIO. (A todos.) ¡Silencio, que hay visita! (Pausa. Durante esta pausa, todos disimulan el estado en que se hallan. Todos sonrien. Cuadro á juicio de los actores.)

FELIPE. (Avanza con la pecera y dirigiéndose á doña Dolores.) Señora... Me he tomado la libertad de... no vale nada. Pero como sé que le gustan á usted los peces de colores...

DOLORRS. (Pegándole un empellón.) ¡Déjeme usted en paz, hombre, déjeme usted en paz! Antonio... ven conmigo, te necesito. (Felipe retrocede asustado.)

ANTONIO. Pero...

DOLORES. En seguida... (Vase por la primera puerta de la derecha.)

ANTONIO. (¡Qué querrá, Dios mío!) (Dirigiéndose á Pedro que pasea.) (Calma, Pedro.) (A Felipe.) Beso á usted la mano. (Vase por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA XIX

DICHOS menos DOÑA DOLORES y ANTONIO

FELIPE. ¿Qué pasa aquí?

ENRIQ. No hagas caso, Felipe. Yo te contaré. (Hablan bajo.)

PEDRO. (A Mercedes.) Mercedes, Mercedes, hija mía. Yo te juro...

MERC. Calla... No quiero oirte... Déjame.

PEDRO. Pero mujer...

MERC. No me hable usted.

PEDRO. ¿Sí? ¡Pues basta de contemplaciones! ¿No quieres creerme? ¡Mejor! ¿Soy un calavera? ¡Mejor! (Aparte.) (¡Pero qué enredo es éste en que me han metido, Señor!... (Vase por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA XX

DICHOS menos PEDRO

MERC. ¡Ay, qué desgraciada soy!

ENRIQ. Mercedes, no te pongas así...

FELIPE. No se ponga usted así, Mercedes.

MERC. ¡Si esto es horrible!

FELIPE. Sí... sí... Ya me ha dicho Enriqueta...

MERC. Tenga usted fe en los hombres.

FELIPE. No se puede. Pero hay algunos... Sin embargo... Pedro... No teniendo usted una prueba... no...

MERC. Tengo una... Pero tiene usted razón. Necesito convencerme... Sí... Felipe... Usted es amigo nuestro...

FELIPE. Sí, señora.

ENRIQ. Ya lo creo.

MERC. ¿Quiere usted hacerme un favor?

FELIPE. Lo que usted quiera.

MERC. Pues bien; le suplico, le ruego... Que vaya usted á casa de esa mujer.

ENRIQ. ¿Éste? No me gusta que vaya á esas cosas.

MERC. Que se entere usted de todo. Y si es cierto, le diga usted que... Mi marido... es casado... Que es una infame... Una... llámele usted todo lo que quiera.

FELIPE. Descuide usted, señora... Pero, ¿dónde vive?

MERC. No lo sé.

FELIPE. Entonces...

MERC. ¡Ah! Sí... en casa de *Friginal,* el mueblista, le darán á usted las señas. Ella se llama Carolina López.

FELIPE. ¿Y quién es esa señora?... ¿Qué es?

MERC. Figúrese usted.

FELIPE. Bueno... voy... volveré... ¡Ah! Á ver si le habla usted á mamá de nosotros.

MERC. Sí, sí...

FELIPE. Muchas gracias. Hasta después. Cumpliré mi misión al pie de la letra.

ENRIQ. Que no estés allí mucho, Felipe. (Vase por el foro de la derecha.)

ESCENA XXI

DICHOS menos FELIPE

MERC. ¿Quién había de pensarlo? ¡Fíate de los hombres que parecen buenos, Enriqueta!

ENRIQ. Si todos son unos tunantes, menos Felipe.

MERC. ¡Ah! ¡Estoy loca! ¡No sé qué voy á hacer!

ENRIQ. Pero Mercedes...

MERC. Dejame, déjame... (Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA XXII

ENRIQUETA; FELIPE, con la pecera.

ENRIQ. ¡Pobre Mercedes! ¡Pobre hermana mía!

FELIPE. ¡Enriqueta!

ENRIQ. ¡Felipe! ¿Tú aquí otra vez?

FELIPE. ¡Sí, hija mía! Salí tan precipitado que... no me acordé de... ¿A dónde voy yo con esto? (Señalando la pecera.)

ENRIQ. Es verdad. Trae, Felipe. Es gracioso. (Coloca la pecera encima de la mesa en un centro.)

FELIPE. ¡Hija! Está uno azarado. Primero con tu madre, que la verdad es que azara á cualquiera... Antes me hice un lío con Sevilla, que metí tres veces la bota, y si no me marcho, me toma tu madre por tonto, y no lo soy... Ya sabes tú que no lo soy.

ENRIQ. ¿Qué has de serlo? Pero... anda... vete... Corre á hacer el encargo de Mercedes.

FELIPE. Tienes razón. Voy... voy en seguida... (Volviendo.) Pero oye... ¿me quieres mucho?

ENRIQ. ¡Mucho! ¿Y tú?

FELIPE. ¡Muchísimo!

ENRIQ. Y... ¿me querrás siempre lo mismo? ¿No variarás nunca? No harás lo que Pedro, ¿eh?

FELIPE. Vamos, hombre, calla... Yo qué he de hacer esas cosas. Yo no ando con mobiliarios.

ENRIQ. Bueno... vete por Dios, que nos pueden ver. Si mamá sale...

FELIPE. A tu madre la he conquistado ya con la pecera... Dásela... ¿eh?

ENRIQ. Sí... sí... no tengas cuidado.

FELIPE. ¡Adiós! ¡Hasta luego!... ¡No tardaré!... ¡Piensa en mí!... ¡No me olvides, que vengo en seguida! (Vase por el foro.)

ENRIQ. (Acompañándole hasta la puerta.) ¡Adiós! (Volviendo.) ¡Cuánto le quiero! ¡Pero la pobre Mercedes!... Voy á ver... (Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA XXIII

PEDRO, solo.

(Saliendo por la primera puerta de la izquierda.) ¡Ea! Se acabó... Ahora mismo voy á casa del mueblista, á que me diga dónde vive esa Carolina López, y en cuanto lo sepa, á su casa... Allí sabré qué enredo es este... No hay más remedio... ¡Bonito día! (Vase por el foro derecha.)

ESCENA XXIV

ANTONIO, por la primera puerta de la derecha.

¡Qué compromiso! Buena comisión... ¿Que yo vaya á casa de Carolina? ¿Que le diga que Pedro Jiménez es casado... Cuando Pedro Jiménez soy yo... ¡Yo! Que he tomado el nombre de... ¡No puede ser; imposible! Y si canto de plano y lo cuento todo, no me caso con Enriqueta, porque la madre, que me tiene por un hombre formal, al saber... ¡Vaya un lío! ¡No encuentro salida! ¿Qué voy á hacer?

ESCENA XXV

DICHO; DOÑA DOLORES, por la primera puerta de la derecha, con mantilla y abrigo, etc.

DOLORES. ¡Antonio! ¡Antonio!

ANTONIO. Doña Dolores.

DOLORES. ¿No te has ído? Me alegro. He pensado otra cosa. Voy yo misma á ver á esa mujer. Acompáñame.

ANTONIO. (Aparte.) ¡Dios me asista! (Alto.) Dolores... doña Dolores... ¿Dónde va usted? Una señora como usted... de las circunstancias de usted... Usted no debe tratar con esa clase de mujeres... Eso se queda para mí.

DOLORES. Pero...

ANTONIO. Créame usted, señora...

DOLORES. ¡Antonio!... ¡Es verdad!... ¡Tienes mucha razón! Soy una señora, y sobre todo, que si voy... *La barro el principal*, como dicen en *El Barberillo*. Anda, anda tú.

ANTONIO. Sí, sí... (Aparte.) (¡María Santísima!) (Vase por el foro derecha.)

DOLORES. (Bajando al proscenio.) ¡Pero qué retepillos son todos los hombres! ¡Madre mía de las Angustias! ¡Qué retepillos! (Marcando el mutis por la primera puerta de la derecha. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración y muebles que en el acto primero.

ESCENA PRIMERA

DOÑA DOLORES y MERCEDES

DOLORES. ¿Conque estás decidida, hija mía?

MERC. A todo, mamá.

DOLORES. Así quiero verte. Entera. Nada de contemplaciones. A los hombres hay que tenerlos á raya. Enseñarles los dientes, porque si no, ellos son los que muerden.

MERC. Tienes razón.

DOLORES. Que me sobra. Déjame á mí. Pero no vengas luego con lágrimas y suspiros... Y no te ablandes con cuatro mimos que él te haga, porque si no, figúrate tú cómo va á quedar tu madre.

MERC. No temas.

DOLORES. Bueno. (Llama al timbre.)

ESCENA II

DICHAS; PEPE, por el foro.

PEPE. ¿Ha llamado la señora?

DOLORES. Dígale usted al señorito que le aguardamos aquí.

PEPE. Voy en seguida. (Entra en la primera puerta de la izquierda, sale á poco y vase por la segunda puerta de la izquierda.)

DOLORES. Ahora verá ese caballerito que le compra *Chaisseslongues* á ciertas prójimas, quién es Dolores Sandoval y Ponce de León, viuda de Pérez.

ESCENA III

DICHAS; PEDRO, por la primera puerta de la izquierda.

PEDRO. (Saliendo. Aparte.) Juicio oral. (Alto.) ¿Me han llamado ustedes?

DOLORES. Sí, señor.

PEDRO. ¿Para qué?

DOLORES. Para decirle... Siéntese usted.

PEDRO. Estoy bien así.

DOLORES. Siéntese usted, hombre.

PEDRO. (Sentándose.) Muchas gracias.

DOLORES. Para decirle... Que en vista de su conducta...

PEDRO. No vuelvan ustedes á las andadas. ¡Esto es desesperante! Repito que no conozco á esa Carolina López. Ni sé quién es. Ni quiero saberlo. Por lo tanto...

DOLORES. Hijo mío... Su sistema de defensa es deplorable. Un ciego vería claro en este asunto.

MERC. Sí... un ciego... De manera, que...

PEDRO. ¡Mercedes, por los clavos de Cristo! Ya sabes que te he dado pruebas de cariño... Me parece que debías tener confianza en mí.

DOLORES. Pues no la tiene.

PEDRO. Bueno. Pues hemos concluído, y hagan ustedes el favor de no volverme hablar de este asunto.

DOLORES. Eso es lo que usted quisiera... Pero no señor... ¡Ca! Hay que hablar, y muy clarito.

PEDRO. (Aparte.) (¿Qué hago yo con esta señora?...)

DOLORES. Pues Mercedes, con muy buen acuerdo, en vista de su proceder de usted, y aconsejada por mí, ha decidido quitar á usted la administración de su fortuna.

PEDRO. ¿Qué? (Aparte.) (Calma.) (Alto.) ¿Y qué más?

DOLORES. Espere usted, hombre. Nosotras no sabemos cómo se hacen esas cosas, pero Antonio, que es abogado, nos lo dirá, y se encargará del asunto. En ese espejo debía usted mirarse.

PEDRO. ¿Para qué?... Tiene muy mala luna.

DOLORES. Un hombre intachable, trabajador.

PEDRO. Muy bien. Perfectamente... ¿Y qué más?

DOLORES. Pues como usted no tiene oficio ni beneficio, por decoro de ésta, (Señalando á Mercedes.) y para que vea usted que no somos tiranas, se le señalará á usted una pensión mensual para café, tabaco... y demás vicios.

PEDRO. ¡Soberbio! Agradezco mucho... (Con ironía.) ¿Y qué cantidad es la que mensualmente voy á percibir?

DOLORES. (Aparte á Mercedes.) ¿Lo ves?... Ni se indigna. Si te lo tengo dicho. Si es un gorrón. (Alto.) Pues... Me parece que con un duro diario tiene usted bastante, y le sobra. Yo no le daría á usted nada, pero, en fin; mi hija hará lo que quiera.

PEDRO. Muchísimas gracias. Resumen: Mi señora me retira su confianza, y yo, de marido que soy, de cabeza de familia, según reza el padrón municipal, me quedo convertido en una especie de señora de compañía con bigote y demás adornos masculinos. Me dejarán ustedes salir los domingos y fiestas de guardar, y si me porto bien, tendré mis propinas, y si no, me pondrán ustedes de patitas en la calle como á la cocinera... Muy bien... Me someto... No puedo hacer más.

DOLORES. (Aparte.) Este hombre, me subleba con su sangre fría... Porque no me chilla... ¡Ay!... ¡Entonces!... (Transición.) ¿Queda usted enterado?

PEDRO. Los deseos de la señora, son órdenes para mí.

DOLORES. Ven, Mercedes. Ven.

MERC. (Aparte.) ¡Pobre Pedro!... Me dan ganas de...

DOLORES. Vamos... (Vanse por la primera puerta de la derecha.)

PEDRO. (Inclinándose.) ¡La señora será servida!

ESCENA IV

PEDRO; á poco ANTONIO, por el foro derecha.

PEDRO. ¡Pero Dios mío!... ¿Quién será el miserable que me ha metido en todos estos líos? Es un amigo, como si lo viera. ¡Alguna bromita!... Pero yo lo averiguo ó pierdo el nombre que tengo. ¡Si yo lo cogiera ahora mismo entre mis manos...!

ANTONIO. (Saliendo.) ¡Buenas tardes!

PEDRO. (Paseándose agitado.) ¡Hola!

ANTONIO. (Aparte.) Qué agitado está... Claro.

PEDRO. Celebro que vengas.

ANTONIO. ¿Qué quieres?

PEDRO. ¿Tú eres un buen amigo mío?

ANTONIO. Hombre, sí, no lo dudes.

PEDRO. Ya sabes lo que me pasa.

ANTONIO. Sí... Ya...

PEDRO. Necesito que me ayudes.

ANTONIO. Cuenta conmigo.

PEDRO. Necesito encontrar á ese miserable que ha tomado mi nombre.

ANTONIO. ¿Y quieres que yo te ayude?

PEDRO. Justamente.

ANTONIO. Lo encontrarás.

PEDRO. Sí... Le encontraré y le mataré. Tú mismo serás testigo de su muerte.

ANTONIO. (Aparte.) (Lo dudo.) (Alto.) Pero oye. ¿Has averiguado algo?... ¿Tienes indicios?

PEDRO. Nada. No sé nada. Fuí á casa de esa... De esa mujer para que me dijera, para que me diera las señas...

ANTONIO. ¿Has ido tú?...

PEDRO. Sí... Pero inútilmente. Estaba de gira campestre con unos concejales en el Vivero.

ANTONIO. ¿Eh?

PEDRO. Pero esta tarde vuelvo. Vuelvo á su casa, y de allí no salgo sin saber el nombre del infame.

ANTONIO. ¡Pedro!... ¡Amigo mío! ¡Te conozco! No vayas á hacer alguna barbaridad. ¿No tienes amigos? ¿No soy yo el más leal? Déjame, déjame á mí, que yo te prometo... (Aparte.) (¡Qué situación, Dios mío! ¡Qué situación!) (Alto.) Que yo te prometo que conocerás al culpable. No lo dudes. (Aparte.) (Antes ciegues que tal veas... Yo necesito inventar algo...)

PEDRO. Pero...

ANTONIO. ¡Descansa en mí, hombre; descansa en mí! Yo iré á casa de Carolina y le diré... Oye tú... Digo, oiga usted... Necesito saber... Y me lo dice, hombre, me lo dice.

PEDRO. Pues bien, sí. Tienes razón. Encárgate de todo... Porque yo no estoy en mí, y no respondo...

ANTONIO. (Aparte.) (¡Cómo está este hombre!)

PEDRO. En cuanto sepas quién es, me lo traes.

ANTONIO. En seguidita.

PEDRO. Que yo lo tenga así, como te tengo á tí ahora, frente á frente, (Cogiéndole por las solapas.) y...

ANTONIO. Sí, hombre, sí... Que me arrugas.

PEDRO. Perdona. Dispensa. Me voy. Quiero estar solo. No quiero ver á nadie. No sé ni lo que me hago. (Vase por la primera puerta de la izquierda y cierra.)

ESCENA V

ANTONIO; á poco MERCEDES, por la primera puerta de la derecha.

ANTONIO. Sí... Sabe lo que se hace. Si soy un mal amigo. (Llamando.) Pedro... (Volviendo.) Pero no... Si no se lo puedo decir. ¡Si pierdo la boda, Dios mío!

MERC. (Saliendo.) Mamá ha tratado muy mal á Pedro, y yo necesito verle, hablarle... ¡Ah! ¡Antonio!

ANTONIO. A los pies de usted, Mercedes. (Aparte.) ¡Otra víctima mía! Soy un criminal.

MERC. Y bien, Antonio, ¿qué hay? Ya me ha dicho mamá que usted fué... Que le envío á casa de...

ANTONIO. Sí... Sí, señora. Pero esa mujer no estaba en casa.

MERC. ¡Cuánto le habrá costado á usted visitar á esa...! Carolina.

ANTONIO. Sí, señora. Mucho. No lo sabe usted bien.

MERC. ¡Claro! Un hombre tan serio. Tan formal, como usted. Le estamos muy agradecidas, pero yo le ruego que no se violente en ir de nuevo. No hay necesidad. Yo, por mi parte, encargué esa comisión á un amigo nuestro, de toda confianza.

ANTONIO. (Aparte.) (¡Caracoles!) (Alto.) ¿A quién?

MERC. A Felipe Gutiérrez... Un vecino del hotel de al lado. El novio de... (Aparte.) ¡Dios mío, qué iba yo á decir!... Si estoy trastornada.

ANTONIO. Y dice usted que...

MERC. Sí. Y le estoy esperando. Quizás él habrá sido más afortunado que usted. La habrá visto y sabremos toda la verdad.

ANTONIO. ¿Toda la verdad? (Aparte.) (Aquí sobra uno.) (Alto.) Buenas tardes... Con permiso... Tengo que hacer...

MERC. ¿Pero dónde va usted, Antonio? Mamá quiere verle.

ESCENA VI

DICHOS; FELIPE, por el foro de la derecha.

FELIPE. ¿Se puede?

MERC. ¡Ah! Felipe... Pase usted.

ANTONIO. (Aparte.) (Este es el otro... Qué dirá...)

MERC. Hable usted... Pronto.

FELIPE. Esa señora no me ha recibido. Salió una doncella, vamos una criada y me dijo... No está. Necesito verla. Pues vuelva usted. ¿A qué hora? No tiene hora fija.

ANTONIO. (Aparte.) (Respiro.)

FELIPE. Y entonces yo... saqué una tarjeta, y le puse al dorso lo siguiente: «Señora...» Le puse señora en clase de sustantivo común.

ANTONIO. (Aparte.) Éste tiene cara de lila.

FELIPE. Pedro no es lo que parece. Más noticias luego. Volveré á las seis. Le *be ele pe*... Felipe Gutiérrez... ¿Eh?

MERC. Muy bien hecho. Muchas gracias.

ANTONIO. Muy bien hecho. (Aparte.) (Este no va á las seis... ¡Ca!)

MERC. Con permiso de ustedes... ¡Ay! ¡Qué día! ¡Qué disgusto!... (Se dirige á la primera puerta de la izquierda, y encontrándola cerrada, se vuelve.) ¡Ah! ¡Se ha encerrado! Estaba por llamar y... No. No cedo. (Felipe y Antonio hablan bajo. Transición.) ¡Si yo pudiera ver desde la galería lo que hace Pedro en su cuarto!... ¿Y por qué no? Sí... Voy... Esto no quiere decir que yo le perdone. (Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA VII

ANTONIO y FELIPE

ANTONIO. ¿Con que usted es amigo de...?

FELIPE. Sí, señor.

ANTONIO. No tenía el gusto... ¡Ah! Sí, el de los peces.

FELIPE. Sí, ese; sí, la... (Aparte.) (¿Dónde estará Enriqueta?)

ANTONIO. (Aparte.) (Yo necesito evitar á toda costa que éste vaya...) (Alto.) Pues como dicen los franceses... *Les amis de mes amis, sont mes amis.*

FELIPE. Sí, señor... Sí... (Aparte.) No sé lo que me ha dicho...

ANTONIO. Y me ha sido usted muy simpático.

FELIPE. Gracias. Lo mismo digo. (Pausa.)

ANTONIO. ¿Ha visto usted qué disgustos?...

FELIPE. Ya, ya... Una familia que era tan dichosa... Y por un...

ANTONIO. Sí... sí... (Aparte.) (Por un mal amigo...) (Alto.) Sí, por un... ¿Y usted va á volver á las seis á...?

FELIPE. Sí. Naturalmente. Debo cumplir el encargo de... Porque cuando á uno le... Es claro...

ANTONIO. No... Yo lo decía... Porque si usted no se quiere molestar, yo iré. Doña Dolores me ha hecho el mismo encargo, y... Yo soy como de la familia.

FELIPE. Yo de la familia, todavía no... Pero...

ANTONIO. ¿Eh?

FELIPE. Pero tengo que hacer méritos, y ya que se ha presentado la ocasión...

ANTONIO. ¿Á ver? ¿Á ver? (Aparte.) (¿Será cierto lo que sospecho?)

FELIPE. Mire usted que Pedro... ¡Quién diría!... Tener una... Teniendo una mujer tan... Lo que es yo cuando me case...

ANTONIO. ¡Ah! ¿Está usted en vísperas de casarse? ¿Con quién? ¿Con quién?

FELIPE. Con Enriqueta, con la hermana de...

ANTONIO. ¿Con Enriqueta? ¿Pero usted...?

FELIPE. Sí, señor. Desde Sevilla, ya... La madre no sabe nada todavía. Pero... Todo se andará, porque la chica me quiere, y yo, para qué le iba á usted á decir...

ANTONIO. No. No hace falta. (Aparte.) Esto se complica. ¡Caramba! Lo primero, es lo primero. Este me quiere birlar la novia. Yo se lo digo á doña Dolores; de lo otro, ya saldremos. Ya inventaremos algo.

FELIPE. (¿Qué le pasa á este señor? Habla solo.)

ANTONIO. Conque caballero, he tenido tanto gusto...

FELIPE. El gusto ha sido mío.

ANTONIO. Antonio Bernaldez.

FELIPE. Felipe Gutiérrez...

ANTONIO. Tendré una verdadera satisfacción en que logre usted sus deseos.

FELIPE. Muchas gracias. Y si usted, como verdadero amigo de la casa, intercediera en estos amores... Yo le estaría...

ANTONIO. Sí, hombre, sí... Ya lo creo... Usted me manda. (Aparte.) Ahora verás. (Vase por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA VIII

FELIPE; á poco ENRIQUETA, por la segunda puerta de la derecha.

FELIPE. Este señor parece muy buena persona. Mercedes hablará de mí á su madre. Este caballero también... porque á él, después de todo, ¿qué le importa?... De

modo, que... de esta hecha... Cuando yo le hable á la madre... Camino llano. Camino llano.

ENRIQ. (Saliendo.) ¡Felipe! Te he sentido.

FELIPE. ¿Ya? Pues todavía no me he muerto.

ENRIQ. Anda... Anda... ¿Te vienes con chistes como en las comedias de ahora?

FELIPE. Lo que vengo es decidido á hablarle á tu madre, si tú crees que es oportuno.

ENRIQ. No, Felipe, de ninguna manera. Ahora, no. Pues buena está mamá. Sobre todo, tengo que advertirte una cosa.

FELIPE. ¿Qué cosa es esa?

ENRIQ. ¡Pues hijo mío! Que yo no me caso contigo sin que hagas algo. Sin que te ocupes en algo.

FELIPE. Pero si soy rico. ¿Te parece poco?

ENRIQ. Nada. Nada. Mamá tiene razón. El hombre debe tener ocupaciones. Ya ves Pedro, por no hacer nada, lo que ha hecho.

FELIPE. Bueno. Pero ¿á qué me dedico? Tú dirás.

ENRIQ. Pues que te saquen un destino del Gobierno de veinte ó treinta mil reales... Eso se lo dan á cualquiera.

FELIPE. Eso es. Pero las horas de oficina no vamos á poder estar juntos.

ENRIQ. Es verdad. Pero mira, no vas, y ya está todo arreglado.

FELIPE. Entonces es como si no estuviera ocupado.

ENRIQ. Cierto. No, destino... no. ¡Ah! Ya sé. ¿Por qué no te dedicas á jugar á la Bolsa?

FELIPE. ¡Hija! Si no entiendo una palabra. No he estado más que una vez y salí loco. Ví á una porción de caballeros que gritaban, 4 por 100, 68,20. Exterior, 70,25. ¡Cubas! ¡Cubas! ¿Qué quieres, que compre Cubas? ¿Y dónde meto yo las Cubas?

ENRIQ. No. Es verdad. A la Bolsa, no.

FELIPE. Voy á poner un almacén de muebles de lujo... Y como hay muchos como Pedro... Ya ves, que esto da...

ENRIQ. Sí... disgustos.

FELIPE. Pues hija, lo pensaremos más despacio. Déjalo. No pensemos ahora más que en nuestro amor.

ENRIQ. Sí. Sí... Dices bien.

FELIPE. ¡Ay! Enriqueta. Si vieras qué ganas tengo de que uses la preposición.

ENRIQ. ¿Qué dices, hombre?

FELIPE. De que te llames Enriqueta Pérez *de*... de Gutiérrez.

ENRIQ. ¡Qué cosas tienes! ¿Pero cuándo será eso?

FELIPE. Pues muy pronto. Tu hermana...

ENRIQ. Buena está mi hermana para ocuparse de nosotros.

FELIPE. Y además... Un caballero muy amigo de esta casa, y que ya es amigo mío, me ha prometido interesarse...

ENRIQ. ¿Sí?... ¿Quién es? No adivino...

FELIPE. Pues ahora mismo debe estar hablando con tu madre.

ENRIQ. ¿Con mamá?

FELIPE. Sí, tonta. Es don Antonio Bernaldez.

ENRIQ. ¿Qué has hecho, Felipe?

FELIPE. Me has asustado, hija... No hice más que hablarle, decirle que te quería, que tú me querías y que queríamos casarnos.

ENRIQ. Todo lo has echado á perder. Si ese caballero es el que quiere mamá que sea mi marido.

FELIPE. ¿Qué dices? ¡Jesús me valga! ¡La hemos hecho buena!

ENRIQ. Nos hemos lucido.

FELIPE. Pero oye. Si ese hombre es muy viejo.

ENRIQ. Muchísimo. ¿Piensas tú que no le he visto?

FELIPE. ¿Y qué hacemos?

ESCENA IX

DICHOS; DOÑA DOLORES y ANTONIO, por la primera puerta de la derecha.

DOLORES. (A Felipe.) ¡Caballero!...

ENRIQ. ¡Mamá!

FELIPE. ¡Ay! ¡Su mamá!

ANTONIO. (Aparte.) (Ahora verá este mono. No faltaba más.)

DOLORES. ¡Caballerito!...

FELIPE. (Usa el diminutivo... ¡Malo!)

DOLORES. Pues... Estaban ustedes solos, ¿eh?

ENRIQ. Sí. Yo salía de mi cuarto, y... llegó éste... Este caballero.

FELIPE. Sí... Sí, señora. Ella salía, yo llegaba, y...

DOLORES. Y... Estaban ustedes hablando de tonterías.

FELIPE. ¿Cómo?

ENRIQ. ¡Mamá!...

ANTONIO. (Aparte.) (Anda... Ya verás.)

DOLORES. Diciéndose... ¿Me quieres?... Te quiero, y todas esas paparruchas.

FELIPE. ¡Señora doña papa... digo doña Dolores!...

DOLORES. Acabo de saber que ha puesto usted los ojos en mi hija, y ya los está usted quitando, pero enseguidita.

FELIPE. ¡Señora!...

DOLORES. No me hable usted del corazón, ni del alma, ni del fuego, ni de la pasión. Todo eso son tonterías. ¿Sabe usted? Esta niña, se va á casar con este caballero... Porque, en fin... Porque yo quiero ¡ea!

ANTONIO. Y yo también.

ENRIQ. ¡Pero mamá!

DOLORES. Cállese usted. De modo, que... Desde hoy, tendremos muchísimo gusto que usted nos visite.

FELIPE. ¿Sí?...

DOLORES. Pero dejándole al portero la tarjeta doblada.

FELIPE. Si no están ustedes, así lo haré.

DOLORES. Es que no estaremos. Ahora vamos á salir mucho.

FELIPE. Comprendo. Comprendo. (Aparte á Enriqueta.) Me echan.

ENRIQ. Te echan.

DOLORES. (A Felipe.) ¿Qué le ha dicho usted?

FELIPE. Nada.

ENRIQ. Nada.

DOLORES. (A Enriqueta.) Venga usted acá. A tu cuarto en seguida.

ENRIQ. ¡Pero mamá!...

DOLORES. En seguida. (Vase Enriqueta por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA X

DICHOS menos ENRIQUETA

FELIPE. No la riña usted.

DOLORES. Yo hago lo que quiero. Beso á usted la mano.

FELIPE. No... No me bese usted nada todavía. (Aparte.) (¡Vaya! Ya me cargué yo. Aquí hay que hacer algo.)

DOLORES. ¿Cómo?

FELIPE. Tengo que decirle á ese caballero... (Señalando á Antonio.) Que á mí no me... Que su conducta... En fin, que... Vamos, que á mí...

ANTONIO. (Pasando al lado de Felipe.) ¿Qué hay hombre? ¿Qué hay?

FELIPE. Pues hay... Que va á haber bofetadas. Porque á mí...

DOLORES. Á ver. Á ver... Cómo se entiende. Quita, Antonio. Delante de una señora pronunciar esas palabras. En casa extraña... Sin respetos sociales. Salga usted inmediatamente, y para no volver más.

ANTONIO. Eso. Eso. (Aparte.) (Al pelo. Este peón me lo comí.)

FELIPE. Perdone usted... Pero... Bueno... He faltado... (A Antonio.) Nos veremos, caballero. (En alta voz.) Adiós, Enriqueta. (A doña Dolores.) Señora, á los piés de usted. (Medio mutis.) Mis afectos á Pedro y á su señora.

DOLORES. Muchas gracias.

FELIPE. Buenas tardes. (Vase por el foro de la derecha.)

ANTONIO. Vaya usted con Dios. (Aparte.) Me he salvado. Éste ya no va á casa de la otra.

ESCENA XI

DICHOS menos FELIPE; después MERCEDES, por la segunda puerta de la izquierda.

MERC. ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?... Me parece haber oído...

DOLORES. Sí. Acabo de echar á la calle á un amigo vuestro, al del tulipán, al de los peces de colores.

MERC. ¿A Felipe?... ¿Por qué?

ANTONIO. Mercedes... Cuando su madre de usted lo ha hecho...

MERC. Sí. Lo comprendo. Pero es amigo de Pedro y...

DOLORES. Le estaba haciendo á tu hermana las armas de Madrid, es decir, el oso.

MERC. Sí. Pero por eso no hay motivo.

DOLORES. ¿Cómo que no? Cuando sabes que quiero que Enriqueta se case con Antonio.

ANTONIO. Eso es. Y además... (Aparte.) (Buena idea. Ese joven no es amigo de su marido de usted.

ESCENA XII

DICHOS; ENRIQUETA, medio oculta en la segunda puerta de la derecha.

ENRIQ. ¿Qué dicen?... Si yo pudiera...

MERC. Que no es amigo de...

ANTONIO. No, señora. Lo repito. Ese joven no es amigo de su marido de usted. ¡Dolores!

DOLORES. ¿Qué?

ANTONIO. ¡Mercedes! Bien echado está. Así se evita una catástrofe. Ahora que Pedro no volverá á verle más, lo diré todo.

MERC. ¿Todo?

DOLORES. ¿Y qué es todo?

ANTONIO. Ese joven es el de... los muebles. El de la cama de matrimonio.

MERC. ¿Qué dice usted?

ANTONIO. El que ha tomado el nombre de Perico.

DOLORES. ¿Á ver? ¿Á ver?

ANTONIO. Sí, señora... Es un libertino. Un calavera que tiene la mar de Carolinas.

ENRIQ. (Llorando.) ¡Dios mío! (Desaparece.)

ESCENA XIII

DICHOS menos ENRIQUETA

ANTONIO. (Volviendo.) ¿Qué es eso?

DOLORES. Nada. Lloriqueos de esa... No hay que hacerla caso.

MERC. Eso que ha dicho usted, ¿es verdad, Antonio?

ANTONIO. Señora, yo no miento nunca. Tengo pruebas.

DOLORES. Éste no miente nunca.

MERC. Luego mi marido es inocente.

ANTONIO. Naturalmente.

DOLORES. ¿Inocente?... ¡Qué lástima!

MERC. Ya lo decía yo... ¿Ves, mamá?

DOLORES. Sí. Sí. Ya veo. Sea enhorabuena. Pero no te fíes.

MERC. Pero usté, ¿cómo ha sabido...? ¿Cómo no nos lo ha dicho usted antes y nos hubiera evitado...?

ANTONIO. Señora... Porque no se me había ocurrido. Digo, porque no sabía una palabra. Pero luego, inquiriendo, preguntando, averiguando... ¿Qué menos podía hacer por unos amigos como ustedes? ¿Qué menos por devolver la paz á un matrimonio?

MERC. Muchas gracias. Fíese usted de los que parecen tontos... Yo que iba á interceder por los amores de Enriqueta y de ese pillo...

ANTONIO. Iba usted á quitarme la novia, ¿eh?

MERC. Sí... Perdone usted; pero ya de buena se ha librado Enriqueta.

DOLORES. Ya lo creo. Con éste, con éste será feliz.

ANTONIO. De seguro. (Aparte.) (Esto marcha.)

MERC. ¡Ay, qué ganas tengo de contárselo todo á Pedro! ¡De hacer las paces con él! Ven, mamá; ven conmigo.

DOLORES. Yo no. Yo no, hija mía. Quiero conservar incólume el principio de autoridad, por si acaso.

MERC. Pues yo voy á llamarle.

ANTONIO. Alto, Mercedes... ¡Alto! Haga usted las paces con él, no me opongo. Es natural. Pero no le revele usted el nombre de ese falso amigo, porque entonces... Ya co-

noce usted á Pedro... Íbamos á tener un disgusto gordo, muy gordo. Quizás un lance personal.

MERC. Es verdad.

DOLORES. Tiene muchísima razón. Este es un hombre previsor.

ANTONIO. Y además, los favores se hacen completos, ó no se hacen.

DOLORES. Antonio, ¿qué quieres decir con eso? No te comprometas.

MERC. No, Antonio.

ANTONIO. Déjenme ustedes. Sé lo que me toca hacer. Pedro en mi caso haría lo mismo, y yo debo hacer lo que Pedro haría. ¡Ah! ¿Se juega así impunemente con la tranquilidad de un hogar?... ¿Así se destruye un nido de amor? No, y mil veces no... Y me marcho... déjeme usted. (Aparte.) Yo no me presento delante de Pedro... Va á conocerme en la cara que soy un embustero.

DOLORES. Prudencia, Antonio.

MERC. ¡Por Dios!

ANTONIO. (Desde el foro.) Voy á cumplir con mi deber. (Vase por el foro derecha.)

ESCENA XIV

DOÑA DOLORES y MERCEDES; á poco PEDRO, por la primera puerta de la izquierda.

DOLORES. Éste estropea á ese mequetrefe. Lo estropea, le conozco.

MERC. Pero... (Viendo salir á Pedro.) ¡Ah!... ¡Mi marido!...

PEDRO. Estoy impaciente. ¿Qué habrá hecho Antonio? (Viendo á doña Dolores y á Mercedes.) ¡Mi mujer y su madre aquí!... No quiero... (Retrocede.)

MERC. ¿Dónde vas, Pedro?

PEDRO. A mi cuarto.

MERC. Oye.

PEDRO. ¿Qué quieres?

MERC. Que me oigas.

PEDRO. ¿Para qué?

DOLORES. Oigala usted, hombre. Óigala usted.

MERC. Sí... Mira... Tengo que decirte... Siéntate aquí, á mi lado. (Pedro se sienta.) ¿Ves? Así, juntitos... Como otras veces...

DOLORES. (Aparte.) Aquí tocan á hacer la vista gorda. (Hojea un libro que habrá sobre la mesa.)

MERC. Vuelve la cabeza, hombre. ¿No quieres mirarme?

PEDRO. ¿Qué es esto? ¿Qué cambio es éste?

MERC. Mamá y yo... Claro. Figúrate... Las apariencias te condenaban... ¿Qué íbamos á hacer? ¡Ay! ¡Pobrecito mío!... Cuánto habrás sufrido, ¿verdad?

DOLORES. Naturalmente, mujer... Díselo ya.

PEDRO. ¿Pero qué? Hablen ustedes.

MERC. Que lo hemos sabido todo. Que eres inocente.

PEDRO. Toma, eso ya lo sabía yo. A quién se lo cuentas. Han caído ustedes por fin de su burro.

DOLORES. Yo no he montado nunca, y en burro menos; de modo, que retire usted el burro.

MERC. Sí... Pedro... Perdóname. He dudado de tí sin razón alguna. Antonio nos ha revelado la verdad.

PEDRO. ¿Antonio? Vamos. Ha cumplido su palabra. Es un buen amigo.

DOLORES. Ya lo creo.

MERC. (Haciéndole una caricia en la barba.) Con que ¿me perdonas?

PEDRO. Quita...

DOLORES. Hija... No le tomes el pelo. Que tontería.

PEDRO. Sí, te perdono. ¿Podías dudar de mí? Pero tu madre...

DOLORES. Hijo mío. Una madre, es una madre. Y como la cosa tenía visos de verdad, porque todos ustedes son unos granujas... ¿Yo?... Pero en fin... Aquí están mis brazos. ¿Los quieres? Si no, cierro... Vaya, venga el de Vergara.

PEDRO. Con mucho gusto. (Se abrazan.) Pero bueno. Yo necesito saber ahora el nombre de quien me ha proporcionado este disgusto para darle su merecido y que no vuelva... Porque supongo que Antonio os habrá dicho...

MERC. (Haciendo señas á doña Dolores.) No... Antonio no nos ha dicho... No... ¿Verdad, mamá?

DOLORES. No. No ha querido. Dice, que ya te lo dirá cuando estés más tranquilo.

MERC. Pero que te importa... Pelillos á la mar, y sigamos viviendo como hasta ahora, tan felices, siendo esta casa una balsa de aceite.

PEDRO. Sí... (Aparte.) Con tu madre encima.

MERC. Qué cosa tan dulce es hacer las paces. Hoy me parece que te quiero más, muchísimo más... ¿Y tú?

PEDRO. Como siempre.

MERC. Estoy contentísima. Mira... ¿Quieres que salgamos los dos juntitos á paseo esta tarde?

PEDRO. Lo que quieras. Tú mandas. (Hablan bajo.)

DOLORES. (¿Quieren irse para estar solos? El onceno, no estorbar. ¡Sea usted madre para esto!) (Vase por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA XV

DICHOS menos DOÑA DOLORES

MERC. Verás... Ahora mismo voy á vestirme. Me pondré aquel traje que dices que me sienta tan bien.

PEDRO. Sí... Y aquel sombrero negro grande que te regalé.

MERC. Sí... Sí... Pero oye. Tú también necesitas... Estás con el traje de mañana. Voy á llamar á Pepe para que... Pero no... Yo misma sacaré la levita, te elegiré la corbata, y te lo prepararé todo... Voy ahora mismo... (Volviendo.) Pero ¡ay!... Mamá... (Indicando que se ha marchado.)

PEDRO. ¿Se ha ido?... Es claro, mujer. Si estábamos en plena Alcarria.

MERC. Tienes razón. Somos unos tontos. Pero unos tontos que se quieren mucho. Voy... voy en seguida. (Vase por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA XVI

PEDRO; á poco ENRIQUETA, por la segunda puerta de la derecha.

PEDRO. Vaya; por fin, me han hecho justicia. ¿Dudar de mí? Pensar que yo andaba en esos líos, cuando desde que me casé... hasta ahora, en buena hora lo diga... Pero ¿quién habrá sido el amiguito que...?

ENRIQ. (Sale llorando.) ¡Quién había de pensar!... ¡Yo que...!

PEDRO. ¿Qué es eso? Enriqueta... ¿Tú llorando?

ENRIQ. Sí. ¿Qué quieres que haga?

PEDRO. ¿Qué te ha pasado, mujer? ¡Ah! Vamos. ¿Que te ha reñido mamá? Se conoce que hoy ha habido para todos.

ENRIQ. Sí, también. Pero mi pena es por verme engañada tan cruelmente.

PEDRO. ¿Engañada?

ENRIQ. Sí, por Felipe. Por tu amigo... Tu vecino.

PEDRO. ¿Gutiérrez?...

ENRIQ. Sí. Nos queríamos. ¿No te lo ha dicho Mercedes?

PEDRO. No. Esta es la primer noticia...

ENRIQ. Pues, sí.

PEDRO. No conocía esos amores.

ENRIQ. Nos conocimos en Sevilla. Lo de siempre. Él iba á casa de las de Ramírez, aquellas muchachas, aquellas dos chicas chatas, bajitas.

PEDRO. Sí.

ENRIQ. Allí me le presentaron. Al principio, nada. Uno de tantos. Bailábamos, hablábamos... Pero luego, él empezó á mirarme, y una... Claro... Y ya no fué uno de tantos. Me dió una carta una noche, así... (Haciéndolo á escondidas.) Como se dan esas cosas, mientras bailamos un wals corrido. Él sí que es corrido... Le dije que sí... Ojalá... No sé lo hubiera dicho... Después, paseó mi calle, después, hablábamos por la cancela en cuanto mamá se quedaba dormida en el patio. Me juró amor eterno. Me dijo que me querría siempre.

¡Ingrato! En fin, ya sabes tú lo que decís todos vosotros. Y ahora... me da este pago. Después de que le he escrito catorce cajas de papel de cartas, después de que le he dado mi retrato y hasta una sortijilla del cerquillo. ¡Si esto es para desesperarse! ¡Ay! Si llego yo á saber lo tuno que era... ¡Cualquier día me lo corto yo!

PEDRO. ¡Pobre Enriqueta!

ENRIQ. No me llames pobre. ¡No me compadezcas! Llámame tonta.

PEDRO. Pues bien, tonta. No sabía nada de todo eso. Pero oye, Enriqueta. ¿No quiere tu madre casarte con Antonio?

ENRIQ. Sí... Pero yo... Quiero á Felipe... Es decir, lo quería, pero... Me ha engañado, ha resultado un calavera, un infame. Ya ves lo que ha hecho contigo.

PEDRO. ¿Conmigo?

ENRIQ. Abusar de tu confianza. Darnos á todos ese disgusto. Tomar tu nombre para...

PEDRO. ¡Ah! ¿Pero Felipe... Es quien...?

ENRIQ. ¡Claro! ¿Pero no lo sabías?

PEDRO. Sí, sí. (Aparte.) (No han querido decirme nada para que yo no... ¡Vaya! Ya lo tengo. ¡Ahora, calma, Pedro! Ya encontré al amiguito.)

ENRIQ. ¿Qué dices?

PEDRO. Nada. (Aparte.) (En cuanto lo coja...)

ENRIQ. Ya ves qué manera de proceder. Engañarte á tí y á mí y á todos. Con esa cara de inocente que tiene... (Rompiendo á llorar.)

PEDRO. Vamos, vamos Enriqueta. No seas tonta, olvídale... Ven, ven con tu madre. Antonio no es un chiquillo, pero te conviene.

ENRIQ. No... No voy á ver á mamá. Buena estará conmigo, y con razón.

PEDRO. Vaya, vaya. Ven, ven á darla un beso. Yo la diré... No tengas cuidado.

ENRIQ. Bueno.

PEDRO. ¡Pobrecilla! Ven, ven. (Aparte.) (A Gutiérrez le ha tocado la lotería.) (Vanse por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA XVII

MERCEDES; á poco FELIPE, por el foro, con un paquete en la mano.

MERC. (Saliendo por la primera puerta de la izquierda.) Pedro... Ya está todo listo... ¿Pero no está?

FELIPE. ¿Hay permiso?

MERC. ¿Usted aquí, caballero?

FELIPE. Ya sé que no debo... Pero... Su encargo de usted para mí era... Y mi deber. Y aquí está lo que esa Carolina me ha entregado para su marido de usted.

MERC. ¿Cómo?

FELIPE. Llegué, subí, llamé... Me abrieron... la puerta... Ví á esa señora, muy guapa... mejorando... Le dije... Pedro Jiménez, casado, etcétera..., etcétera... Le dió un ataque de nervios, después abrió un secreter, sacó unos papeles, hizo un paquete, me lo dió y aquí está. Llamó á una doncella y la dijo: Si viene Pedro no se le abre la puerta más y... punto. He cumplido. Estoy á los pies de usted.

MERC. Un momento. Ese paquete no es para mi marido, y usted lo sabe muy bien.

FELIPE. ¿Yo?... ¡Señora! Mire usted... (Enseñándole el paquete.) Para Pedro Jiménez.

MERC. Sí... Sí... Pero no entiendo... (Aparte.) Si éste ha tomado el nombre de mi marido, ¿cómo él mismo me trae...?

FELIPE. ¿Habla sola?

MERC. ¿Pero no es usted el que tiene que ver con esa señora?

FELIPE. ¿Yo? Si no he estado en su casa más que cinco minutos.

MERC. ¿Qué es esto? ¿Pero esas cartas no son de usted dirigidas á...?

FELIPE. ¿A quién, señora?

MERC. A esa mujer.

FELIPE. ¿Yo?... ¿Cómo?... ¡Ca!... ¡Qué lío es este!

MERC. ¡Ay, Dios mío!... Sí... Me ha engañado... Nos han en-

gañado. Antonio se ha puesto de acuerdo con mi marido para...

FELIPE. Señora... Explíqueme usted.

MERC. No. ¿Para qué?... Usted es un infeliz.

FELIPE. Muchas gracias.

ESCENA XVIII

DICHOS; PEDRO, por la primera puerta de la derecha.

PEDRO. ¡Pobre Enriqueta! ¿Pero qué estoy viendo?

MERC. ¡Pedro!... Ahora verá.

FELIPE. (Saludando á Pedro.) ¿Cómo está usted?

PEDRO. Y á usted, qué le importa. Venga usted acá. Ya le tengo á usted. Ahora vamos á vernos las caras.

FELIPE. ¿Eh? (Aparte.) Pero aquí todo el mundo está loco.

PEDRO. Conque usted se entretiene en tomar los nombres de los amigos para sus trapicheos y sus conquistas, ¿eh?... Caballerito... Si no mirara...

MERC. ¿Pero por dónde has sabido tú...?

FELIPE. Pero... ¡Caramba! ¡Demonio! ¿Qué dice usted?

MERC. No. No finjas, Pedro. Este caballero es inocente. Tú... tú eres sólo el culpable.

PEDRO. ¿Otra vez?

MERC. Sí. Antonio y tú os habéis puesto de acuerdo para echar la culpa á este pobrecillo.

FELIPE. ¡Caracoles! Antes infeliz, ahora pobrecillo. ¿Quién soy yo, caramba?

PEDRO. Pero mujer... Me quieres explicar.

MERC. Sí. Ahora mismo. Voy á confundirte. Múerase usted de vergüenza. Ahí tiene sus cartas.

PEDRO. ¿Mis cartas?

MERC. Sí. Entréguele usted ese paquete, Felipe.

FELIPE. Aquí está. Ella misma me las ha entregado.

PEDRO. (Abriendo el paquete.) Vaya, se acabó. (Examinando el paquete.) ¿Cartas? Á ver... Sí... Pedro Jiménez. Pero esta no es mi letra. Digo, me parece.

MERC. No. Pero en estos casos se finje.

PEDRO. Flores, pelo... ¡Ah! (Cogiendo un retrato y ocultándolo.)

MERC. ¿Qué has ocultado?... Dímelo...

PEDRO. Calla. Espera. Felipe, pase usted á mi cuarto.

FELIPE. Pero...

PEDRO. Vamos. En seguida.

FELIPE. Pero quieren ustedes explicarme...

PEDRO. (A Mercedes.) Antonio volverá, ¿eh?... (A Felipe.) Adentro, hombre, adentro.

FELIPE. Pero yo...

PEDRO. Entre usted, hombre. Entre usted. (Vase Felipe por la primera puerta de la izquierda; Pedro cierra la puerta.)

ESCENA XIX

DICHOS menos FELIPE

PEDRO. (A Mercedes.) Mira. (Enseñándole el retrato.)

MERC. ¡Antonio!

PEDRO. Sí... Ese es Pedro Jiménez, el de pega.

MERC. (Volviendo la fotografía y leyendo.) «Á su nena, su nene... Pedro Jiménez.» (Volviéndose á Pedro.) ¡Pedro!...

PEDRO. Venga... Mucha diplomacia. Estos son los hombres formales y trabajadores que tu madre quiere. ¡Cómo me voy á reir!

MERC. ¡Quién había de pensarlo!

PEDRO. Hija, donde menos se piensa, salta un pillo.

ESCENA XX

DICHOS; DOÑA DOLORES y ENRIQUETA, por la primera puerta de la derecha.

DOLORES. ¡Qué! ¿Ya no salís?

PEDRO. No señora... Nos quedamos en casa.

DOLORES. Me alegro. Porque vengo á participaros que Enriqueta accede á mis deseos.

ENRIQ. Sí. Estoy decidida. Me caso con Antonio. Es un poco viejo, pero en fin, es un hombre formal.

PEDRO. Muy formal. Esa elección me agrada en extremo.

MERC. A mí también. Vas á ser muy dichosa... ¿Verdad, Pedro?...

PEDRO. Dichosísima.

DOLORES. No lo tome usted á chacota. Hombres así, no se encuentran todos los días.

PEDRO. ¡Ca!... Qué se han de encontrar.

DOLORES. Si tengo yo un ojo...

PEDRO. Ya lo veo.

ESCENA XXI

DICHOS; ANTONIO, por el foro de la derecha.

ANTONIO. Buenas tardes.

PEDRO. ¡Antonio! ¡Antoñito de mi alma! ¡Venga un abrazo! ¡Muchas gracias por todo, chico!

ANTONIO. Calla, hombre, calla... Eso no merece la pena... Por un amigo...

MERC. Sí... Por un amigo.

DOLORES. Te has portado muy bien, hijo.

ENRIQ. Nos ha devuelto la tranquilidad.

ANTONIO. Era mi deber. Yo por ustedes, llego hasta...

DOLORES. ¡Ah!... Oye. Supongo, que tú no habrás vuelto á ver á ese tunante de Felipe.

MERC. Ni lo verá usted más... ¿No es verdad?

ANTONIO. No, señora. (Aparte.) (Yo acabo de una vez.) (Alto.) No es fácil que vuelva á verlo. Yo las cosas las hago bien ó no las hago.

PEDRO. ¿Qué quieres decir con eso, Antonio? ¡Me asustas!

ANTONIO. Pues bien. Este era el dilema. Si yo no le buscaba, le buscabas tú. Si yo no le mataba, le matabas tú.

PEDRO. ¡Antonio! ¿Qué has hecho?

ANTONIO. Le maté.

ENRIQ. ¡Pobre Felipe!

DOLORES. ¡Jesús!

MERC. (Riéndose.) ¡Qué embustero!

PEDRO. ¡Horror! ¿Y cómo ha sido?... Tan pronto...

ANTONIO. Salí. Le busqué. Le encontré. Le dí dos bofetadas. Tenía que batirse. Y en su mismo jardín, hace cinco minutos. Dos amigos, un médico. El campo del honor, una explanada, dos aceros que chocan, y ¡zás! un hombre que cae.

TODOS. ¡Ah!

PEDRO. De puro embustero. (Dirigiéndose á la puerta primera de la izquierda.)

ESCENA XXII

DICHOS; FELIPE, por la primera puerta de la izquierda.

PEDRO. Salga usted. Presento á ustedes los restos mortales de Felipe Gutiérrez.

ANTONIO. ¡Púm! ¡El bólido!

ENRIQ. ¡Felipe!

DOLORES. ¡El de la pecera!

MERC. (Riéndose.) ¿Qué tal?

FELIPE. Pero yo no entiendo una palabra de todo esto.

PEDRO. Antonio. (Dándole el retrato.) Toma á Pedro Jiménez. Toma las cartas de Pedro Jiménez. Y un puntapié del verdadero Pedro Jiménez.

ANTONIO. Y la puerta de Pedro Jiménez. Aquí me han conocido. (Vase por el foro.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS menos ANTONIO

DOLORES. Pero yo me quedo con la boca abierta.

FELIPE. Pues ciérrela usted.

DOLORES. De modo, que Antonio...

PEDRO. Sí, señora. Felipe, venga usted aquí.

FELIPE. ¿Otra vez? Pero aquí me traen y me llevan...

PEDRO. No, hombre. Ahora es al lado de su futura.

DOLORES. ¿Cómo?

MERC. Sí, mamá, se quieren.

PEDRO. Serán felices.

ENRIQ.
FELIPE. } Ya lo creo. (Felipe abraza á Enriqueta.)

DOLORES. (A Felipe.) ¿Pero se ocupa usted en algo?

FELIPE. Pues ya lo ve usted.

PEDRO. Doña Dolores... La ociosidad es la madre de todos los vicios, cuando se quieren tener vicios.

DOLORES. Es verdad. Me equivoqué, y mira, es extraño, porque yo no suelo equivocarme nunca.

MERC. Pues mamá... Pruébalo.

DOLORES. ¿Cómo?

MERC. Pues... (Señalando al público.)

DOLORES. En seguida. (Al público.) ¿Verdad que ha gustado la comedia? Yo así lo creo. ¿Me equivoco?... ¡No me dejen ustedes fea! (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DRAMÁTICAS DE PERRÍN Y PALACIOS

Villa... y palos. Fantasía política-cómico-lírica en un acto y cinco cuadros, original y en verso. Música del maestro Nieto.

¡Quién fuera ella! Cuadro cómico-lírico en un acto, original y en verso. Música del maestro Nieto.

Solteros entre paréntesis. Juguete cómico en un acto, original y en verso.

La Pilarica. Zarzuela cómica en un acto, original y en verso. Música del maestro Reig.

De caza. Juguete cómico en un acto, original y en verso.

Miss Eva. Disparate cómico-lírico en un acto y tres cuadros, original en prosa y verso. Música del maestro Reig.

Tarjetas al minuto. Juguete cómico-lírico en un acto, original y en verso. Música del maestro Gómez.

El zaragozano. Almanaque cómico-lírico-político en un acto y cinco cuadros, original y en verso. Música del maestro Reig.

Chin-chin. Disparate cómico-lírico en un acto, original y en verso. Música del maestro Nieto.

El club de los feos. Extravagancia cómico-lírica en un acto y tres cuadros, original y en verso. Música de los maestros Rubio y Espino.

Caralampio. Juguete cómico-lírico en un acto, original y en verso. Música del maestro Reig.

Madrid en el año dos mil. Panorama lírico-fantástico-inverosímil de gran espectáculo en dos actos y diez cuadros. (Escrito en verso sobre el pensamiento de una novela de Souvestre.) Música de los maestros Nieto y Rubio.

Cuerpo de baile. Apropósito en un acto, original y en verso. (En colaboración con Jackson y Prieto). Música de los maestros Rubio y Espino.

El siete de Julio. Episodio madrileño en un acto y tres cuadros, original y en verso. Música de los maestros Rubio y Espino.

Don dinero. Zarzuela en un acto y cuatro cuadros, original y en verso. Música de los maestros Rubio y Espino (3.ª edición).

Una señora en un tris. Juguete cómico en un acto y dos cuadros. (Escrito en verso sobre el pensamiento de una novela; tercera edición).

Los inútiles. Revista cómico-lírica en un acto y seis cuadros, original y en verso. Música del maestro Nieto (4.ª edición).

Muebles usados. Sainete lírico en un acto, original y en verso. Música del maestro Nieto.

Apuntes del natural. Cuadro cómico-lírico-pictórico en un acto y cinco cuadros, original y en verso. Música del maestro Rubio (3.ª edición).

Certamen nacional. Proyecto cómico-lírico en un acto y cinco cuadros, original y en verso. Música del maestro Nieto (séptima edición).

La cruz blanca. Zarzuela de gran espectáculo en un acto y cinco cuadros. (Escrita en prosa y verso sobre el pensamiento de una novela). Música del maestro Brull (5.ª edición).

Las dos madejas. Juguete cómico-lírico en un acto, original y en verso. Música del maestro Estellés.

Liquidación general. Almoneda cómico-lírica-fantástica en un acto y tres cuadros, original y en verso. Música del maestro Nieto.

Los primaveras. Revista cómico-lírica en un acto y seis cuadros, original y en verso. Música del maestro Nieto.

Las tres B. B. B. Revista en un acto y cinco cuadros, original y en verso. Música del maestro Rubio.

¡Al otro mundo! Pasillo cómico-lírico en un acto, original y en verso. Música de los maestros Marqués y Reig.

La de Roma. Juguete cómico-lírico en un acto, original y en verso. Música del maestro Reig.

Misa de Requiem. Sainete lírico en un acto, original y en verso. Música del maestro Nieto.

Muestras sin valor. Revista en un acto y cuatro cuadros. Música del maestro Nieto.

El Diamante rosa. Zarzuela de gran espectáculo, en dos actos y diez cuadros. (Escrita en verso sobre el pensamiento de una novela). Música del maestro Marqués. (2.ª edición.)

Las Alforjas. Zarzuela cómica en un acto, original y en verso. Música del maestro Nieto.

Los Belenes. Sainete lírico en un acto, original y en verso. Música del maestro Nieto. (2.ª edición).

Hotel-105. Sainete lírico en un acto, original y en verso. Música del maestro Estellés.

¡El Primero! Sainete lírico en un acto, original y en verso. Música del maestro Nieto.

Entrar en la casa. Juguete cómico-lírico en un acto, original y en verso. Música del maestro Valverde (hijo.)

¡Los dos millones! Extravagancia cómico-lírica en un acto y cinco cuadros, en verso. (Arreglo de una obra francesa.) Música del maestro Nieto.

Amores Nacionales. Apuntes para un viaje en un acto y seis cuadros, originales y en verso. Música de los maestros Marqués y Nieto. (2.ª edición.)

El Cañón. Zarzuela de gran espectáculo en tres actos y nueve cuadros, original y en verso. Música del maestro Marqués.

La Salamanquina. Zarzuela cómica en un acto y tres cuadros, original y en verso. Música del maestro Marqués. (2.ª edición).

El novio de su señora. Juguete cómico-lírico en un acto, original y en verso. Música del maestro Valverde (padre.)

El Cervecero. Zarzuela cómica en un acto y dós cuadros, original y en verso. Música del maestro Valverde (hijo).

La Cencerrada. Zarzuela cómica en un acto, original y en verso. Música del maestro Jiménez.

Las Mariposas. Zarzuela cómica en un acto, original y en verso. Música del maestro Marqués.

Las varas de la justicia. Zarzuela cómica en un acto, original y en verso. Música del maestro Nieto.

El Cornetilla. Zarzuela cómica en un acto, original y en verso. Música del maestro Marqués. (2.ª edición).

El abate San Martín. Zarzuela en un acto y dos cuadros, original y en verso. Música del maestro Marqués.

El hijo del amor. Zarzuela en un acto y tres cuadros, original y verso. Música del maestro Rubio.

Los Bomberos. Juguete cómico-lírico en un acto y en verso. (Arreglo de una obra francesa.) Música del maestro Valverde (hijo).

Calar un novio. Juguete cómico en un acto y en verso. (Escrito sobre el pensamiento de una obra francesa).

Alcázar. Juguete cómico en un acto y en verso. (Arreglo del francés.)

El Sábado. Sainete lírico en un acto, original y en verso. Música del maestro Nieto.

Roberto el Diablo. Zarzuela cómica en un acto, original y en verso. Música de los maestros Rubio y Estellés.

El Testarudo. Viaje cómico-lírico de gran espectáculo en un acto y seis cuadros y en verso. (Escrito sobre el pensamiento

de una novela). Música de los maestros Brull y Estellés. (Segunda edición).

Los Amigos de Benito. Zarzuela cómica en un acto y en verso. (Arreglo del francés). Música del maestro Santonja.

La Maja. Zarzuela cómica en un acto y tres cuadros, original y en verso. Música del maestro Nieto. (2.ª edición).

Se alquila un padre. Juguete cómico en un acto, original y en verso.

Pedro Jiménez. Comedia en dos actos y en prosa.

El Gaitero. Zarzuela en un acto y tres cuadros, original y en verso. Música del maestro Nieto.

OBRAS DE GUILLERMO PERRÍN

Católicos y Hugonotes. Drama en un acto, original y en verso.
Monomanía Musical. Juguete cómico-lírico en un acto, original y en verso. Música del maestro Nieto. (2.ª edición).
La Esquina del Suizo. Sainete en un acto, original y en verso.
Cambio de habitación. Juguete cómico en un acto, original y en verso.
Mundo demonio y demás. Juguete cómico en dos actos, original y en verso.
El faldón de la levita. Juguete cómico-lírico en un acto, original y en verso. Música del maestro Hernández.
El Gran turco. Juguete cómico-lírico en un acto, original y en verso. Música del maestro Hernández.
Colgar el hábito. Juguete cómico en un acto, original y en verso.
Los Empecinados. Zarzuela en dos actos y cuatro cuadros, original y en verso. Música del maestro Brull.

OBRAS DE MIGUEL DE PALACIOS

Por una equivocación. Juguete cómico en un acto, original y en prosa.
Pancho, Paco y Paquito. Juguete cómico en un acto, original y en prosa.
La Esclava de su deber. Drama en dos actos, original y en verso.
Modesto González. Juguete cómico en un acto, original y en prosa.
Bocetos Madrileños. Revista en un acto y cuatro cuadros, original y en verso. Música del maestro Muñóz Lucena.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales, que se detallan en Catálogo separado, a disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los Corresponsales de esta Galería ó acudiendo al EDITOR, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los Libreros ó Agentes.